

---

# EL INSTINTO.

---

## SU NATURALEZA Y ORIGEN.

---

Motivo de opuestas doctrinas y encontradas ideas ha sido, desde los mas antiguos tiempos hasta el dia, entre naturalistas y filósofos, la solucion del complicado é interesante problema biológico, del origen y naturaleza del *instinto* y el de las diversas funciones psíquicas de los animales.

Sin hacer una reseña histórica de las diferentes opiniones emitidas sobre la naturaleza mental de los animales, podemos, condensando lo que sobre el particular se ha escrito, reasumir aquellas en la forma siguiente: la del automatismo casi absoluto de Aristóteles; la del automatismo absoluto de Descartes y Malebranche, por mas que pueda considerarse al primero como el precursor, con la idea de sus *spiritus reflexos*, de los luminosos trabajos de Legallois, Marshall-Hall y Prochaska, sobre las acciones reflejas de los centros de innervacion; la de Buffon y los escolásticos, concediéndoles la sensibilidad, aunque sin la facultad de pensar; la de aquellos, que como Jorge Leroy, los consideran como seres dotados, no solo de sensibilidad, sino tambien de inteligencia; y por último, la de la escuela trasformista, que como Lamark sostenia, los instintos no son mas que hábitos adquiridos, fijados y transmitidos por la herencia; considerando la inteligencia misma en sus diversos grados, la consecuencia ó resultado necesario del lento y progresivo trabajo de la seleccion.

Compréndese por este ligero resúmen, la causa de la divergencia que respecto á la idea de instinto se nota, ya en las diversas acepciones del sentido vulgar, ya tambien en las que

revisten el carácter científico. Pero aunque tan vasta la extensión de los instintos, pues su dominio comprende todo el campo de la vida animal, desde los invertebrados reducidos á esta sola forma de la existencia mental, hasta los vertebrados y el hombre mismo, se pueden, sin embargo, distinguir de los demás fenómenos psicológicos, fijando sus caracteres, que sino absolutamente exactos, son suficientes al menos para no confundirlos.

Se dice, con efecto, que el instinto es innato ó anterior á toda experiencia individual; que es perfecto y que parece inmutable; ni conoce el fin, ni los medios que tiene que emplear para conseguirlo, es inconsciente. Estos caracteres son bastantes para formular una teoria general, que satisfaga los términos del problema siguiente—*¿Qué es el instinto? ¿Cuál es su origen?*

Antes de contestar á la primera parte de la cuestion propuesta, necesitamos hacer una escursion, siquiera sea rápida, al campo de la fisiología experimental de los centros de innervacion, cuyos actos reflejos, nos conducen á la interpretacion racional de los interesantes y curiosos fenómenos de la actividad inconsciente.

La *médula espinal*, aparte de su carácter de órgano conductor, es á su vez centro de innervacion y asiento, por lo tanto, de acciones reflejas. La accion refleja simple, consiste en un movimiento de una parte cualquiera, determinada por una excitacion de esta parte y obrando por el intermedio de un centro nervioso distinto del cerebro. Si como tantas veces se ha hecho por diferentes fisiólogos, se decapita una rana, por ejemplo, y en un muslo se la quema con unas gotas de ácido, se verá egecutar al animal, los mismos movimientos, que sometida á igual experimento, verificaba antes de la decapitacion. Si se le amputa despues el pié, la rana intenta algunos infructuosos esfuerzos con el miembro amputado, y replegando despues el muslo del lado opuesto frota con el pié que le queda el punto quemado por el ácido, como para quitar la causa del dolor. Este experimento, como otros del mismo género demuestran que las acciones reflejas de la médula son automáticas ó inconscientes al par que coordinadas.

El *bulbo raquídeo* ó *médula oblongada*, ademas de contener,

como la médula espinal, las fibras nerviosas conductoras que nacen de ella y de su parte inferior, es tambien centro especial de innervacion refleja para los fenómenos de nutricion. Con efecto, el bulbo raquídeo es el punto de partida de los movimientos reflejos compuestos de la respiracion, de los del corazon, que dependen de la innervacion central, de varios actos reflejos y conexos con la respiracion, como el estornudo, tos y bostezo; y segun Schroeder van der Kolk, los movimientos de deglucion y de mímica involuntaria, tienen igualmente su asiento en el bulbo. Asi es, que despues de la ablacion del cerebro, dejando intactos el bulbo y la protuberancia anular, el animal operado de este modo, dá gritos lastimeros, como expresion de un verdadero dolor, cuando se le pincha; una rata despues de quitados los hemisferios cerebrales, hace un brusco movimiento de sobresalto, imitando cerca de ella el bufido de un gato. Varios animales privados tambien de los hemisferios egecutan movimientos con sus lábios, como para evitar la sensacion desagradable que parece producirles una decoccion de coloquíntida vertida en su boca.

La destruccion de los *tubérculos cuadrigéminos y bigéminos*, determina la ceguera completa, y la del ojo opuesto cuando es la de uno solo. A pesar de ésto, un pichon á quien se quitan los hemisferios cerebrales, hace un movimiento de cabeza, como para evitar el golpe, cuando bruscamente se le acerca el puño; y si se le apróxima una luz; sigue con la cabeza los movimientos hechos con aquella.

El *cerebelo*, parece ser el centro de innervacion encargado de la coordinacion de los movimientos musculares, como lo prueba la notable influencia que sobre éstos egerce su destruccion. Los movimientos subsisten, pero irregulares y mal coordinados, observándose al mismo tiempo, que si los animales sobreviven á la operacion, puede restablecerse poco á poco la coordinacion de aquellos. Esta coordinacion, segun Despine, (1) exige una ciencia infinita, la cual es ignorada por el espíritu. Observemos, segun el mismo autor, los rápidos y variados movimientos del perro que sigue el carnage de su amo, saltando y brincando ante los caballos, pasando y repasando entre las

---

(1) Psychologie naturelle.

ruedas, sin que le toquen siquiera, ejecutando todos estos movimientos sin que el animal sepa como. Esta coordinacion automática nos explica tambien, por que se ve con frecuencia, que hombres muy inteligentes son á su vez muy torpes para los actos mecánicos y vice versa, y que razas inferiores, bajo el punto de vista de la destreza, pueden igualar á otras superiores.

Qué nos dicen el exámen y comparacion de estos hechos tan interesantes de fisiología experimental? Que tales centros nerviosos por su carácter fisiológico especial, determinan sensaciones inconscientes de placer y dolor, acústicas, gustativas y luminosas. Nos demuestran, que los movimientos no son simplemente mecánicos como los de una máquina, y que los actos ejecutados por los animales, son propios á un fin particular y determinado, empleando medios tan diferentes como es la causa que los provoca; es decir, que revisten los caracteres de la inteligencia y la voluntad, siendo idénticos en cuanto al fondo con los actos psicológicos, de los que difieren, en último término, porque falta la conciencia.

El *cerebro* en su parte externa ó celular, es considerado como el asiento de las funciones psicológicas mas elevadas y complejas, pero sabemos tambien, despues de los interesantes trabajos de Carpenter, Laycock y Luys, que el cerebro posee una actividad automática, que constituye lo que se llama *cerebracion inconsciente* ó actividad *preconsciente* del alma. Si examinamos ahora los hechos que nos ofrecen la sensibilidad general, las funciones intelectuales y muchos estados mórbidos, en todos ellos veremos aparecer los comprobantes irrecusables de esa actividad particular, que saliendo de la region de lo inconsciente, nos explica el automatismo propio del cerebro.

Los estados de alegría y tristeza, ese bien ó malestar que con tanta frecuencia sentimos, los presentimientos, las antipatías y simpatías, lo que se llama el tacto especial para determinadas cosas, el dulce é irresistible sentimiento del amor maternal, ¿qué son, sino manifestaciones inconscientes, que surgen de lo profundo de nuestro ser? Los sábios, los grandes inventores, los artistas, los místicos, los profetas, sienten la inspiracion, como impulso involuntario que los lleva á la realizacion de sus obras; siendo las creaciones mas elevadas de

la imaginacion, los resultados necesarios de la actividad inconsciente. Esa rápida intuicion que caracteriza al génio, ¿qué viene á ser, sino un razonamiento inconsciente? ¿y el recuerdo mismo, no es el tránsito de lo inconsciente á lo consciente? Si por último, reflexionamos sobre cada uno de los modos de la actividad mental, veremos que á cada forma consciente de la inteligencia corresponde otra forma inconsciente. Ciertos estados mórbidos nos ofrecen multitud de casos y hechos curiosos de cerebracion inconsciente, en vários de los que vemos egecutarse actos de gran complicacion, cuyos resultados se obtienen á veces por procedimientos mas sencillos y directos, que si se verificasen en el estado normal, tales son: el sonambulismo natural y artificial, el éxtasis y la catalepsia, en los cuales vemos egecutarse actos y operaciones mentales tan complicados, que solo se diferencian de los verdaderamente psicológicos en la falta de conciencia que los caracterizan.

Filósofos y naturalistas, al tratar de los instintos, están conformes en asignarles como caractéres distintivos, el automatismo y la falta de conciencia, por mas que al tratar de definirlos no exista igual conformidad. Para unos, instinto es sinónimo de inclinacion, deseo, propension; para otros, es todo fenómeno psicológico, toda forma de actividad mental inferior á la del hombre; el instinto es para algunos una impulsión innata, hereditaria, ciega y fatal; segun Hartmann, (1) es un acto conforme al fin, pero sin conciencia del fin; Jorge Pouchet (2) lo define, un conjunto de hábitos adquiridos en el tiempo y fijados por la herencia; y finalmente Darwin, sin intentar una verdadera definicion, considera como instinto, todo acto egecutado por un animal, sobre todo si es muy jóven y sin experiencia alguna, ó por muchos individuos, sin que parezca preveen el fin, y que el hombre no podria egecutar sino mediante la reflexion y el hábito (3).

Si ante esta divergencia de opiniones respecto á la naturaleza del instinto, reflexionamos sobre lo que dejamos expuesto relativamente á los actos reflejos verificados por los diferentes centros de innervacion, podemos considerar los instintos como

---

(1) *Philophie des Unbewnssten.*—*Philophie de l'Inconscient.* Traduite par M. Nolen.

(2) *Revue des Deux Mondes.*—1.er février 1870.

(3) *De l'origine des Especies.*—Traduccion de Mad. Clemence Royer.

acciones reflejas compuestas, y por tanto íntimamente enlazadas á la ley biológica del hábito y á los modos inconscientes de la inteligencia. ¿Qué es pues el instinto? *Una forma inconsciente de la inteligencia determinada por la organizacion.* Esta definicion dada por el distinguido filósofo francés Tomás Ribot en su interesante libro sobre la Herencia (1), es la que en nuestro concepto, fija de una manera concreta, y mas exactamente que todas las dadas hasta ahora, los caracteres psicológicos y fisiológicos del instinto. Examinemos las razones en que se funda.

Sabemos, porque la experiencia y los hechos así lo demuestran, que á la actividad consciente de la inteligencia, aun en sus funciones mas elevadas, corresponde otra actividad inconsciente. Tomemos como ejemplo un hecho bien conocido, el sonambulismo. «El sonámbulo, dice Ribot, marcha, corre, sirve á la mesa, como el criado de Gassendi; hace versos, copia música, compone y corrige sermones, resuelve problemas, escribe páginas de filosofía como Condillac. Lo hace todo tan bien y aun mejor que en el estado de vigilia, con una seguridad notable, como en el instinto. Además, el sonámbulo, durante su acceso, no ejecuta mas que los actos que le son habituales, el poeta no escribe música, ni el músico hace versos, ni á Condillac se le sorprendió nunca bordando. Finalmente, otra analogía con el instinto; todos estos actos se ejecutan sin conciencia. Si el sonambulismo durase siempre y fuera innato, sería imposible distinguirlo del instinto.»

Curiosísimos y numerosos hechos nos ofrecen ciertos estados mórbidos en que abolida la conciencia, se ejecutan automáticamente los mismos actos, que cuando aquella se encuentra en toda su actividad, como por ejemplo, el músico de que habla Trousseau en sus Lecciones clínicas, que durante el ataque epiléptico de que padecía, continuaba tocando su violín como si estuviese despierto; y la mujer que cita Schroeder van der Kolk, que continuaba comiendo, bebiendo ó trabajando, sin que al volver del ataque tuviese conciencia alguna de lo que habia hecho. ¿Qué sucede en estos casos y otros del mismo género, para que actos intelectuales se trasformen en instin-

(1) L'herédité.

tivos? que la inteligencia se haga inconsciente. Entre la inteligencia y el instinto hay pues identidad de naturaleza y diferencia de grado.

Abordemos mas de cerca la cuestion; comparemos los caracteres generales que se asignan al instinto en oposicion á los de la inteligencia, y veremos comprobada la afirmacion anterior y la exactitud de los términos de la definicion que de aquel hemos dado, pues si bien comparando los extremos parecen verdaderos, nada tienen de absoluto.

Si el instinto es innato, la inteligencia segun las escuelas filosóficas contemporáneas, goza en cierto modo de igual carácter, admitiendo formas *a priori* del pensamiento, ideas latentes, y preordenaciones del sistema nervioso y del organismo; además, existen, como hechos indudables, instintos adquiridos que en su origen, como despues veremos, son hábitos fijados por la herencia.

El instinto no es invariable, ni tan fatal, ciego y automático como generalmente se le supone. Numerosos hechos, como veremos mas adelante, demuestran que los instintos se modifican, aparecen y desaparecen, segun las circunstancias. Algunas veces el instinto se equivoca, y antes de llegar á la perfeccion de sus obras muchos animales, han necesitado tiempo y muchos tanteos para conseguirlo. Por último, la inteligencia sabemos ya, que si de ordinario es consciente, se hace inconsciente y automática sin dejar de ser ella misma.

¿La inteligencia y el instinto son pues lo mismo? En cuanto á su naturaleza creemos que sí, en cuanto á sus manifestaciones son bien distintas. «La inteligencia, dice Ribot, es un espejo que refleja el universo; es en un sentido, instrumento maravilloso, infinita como el mundo, al que abraza y mide. Por el progreso acumulado de las generaciones, tiende hácia una correspondencia cada vez mas perfecta con su objeto. En su desarrollo á través del tiempo, el espacio, la variedad infinita de los seres, persigue sin descanso su ideal: todo lo comprende, desde el fenómeno vulgar, hasta las leyes eternas y soberanas del cosmos. El instinto es mucho mas humilde; no refleja el mundo sino bajo un pequeño ángulo; su correspondencia es limitada; apropiado solo á un médio reducido; no se adapta sino á corto número de circunstancias. En lugar de un inmenso

palacio desde el que se abarca un horizonte sin límites, es una modesta casita, que solo tiene una pequeña ventana. ¿Pero para mirar al exterior no es igual el procedimiento?»

Si difícil y complicada, como hemos visto, es la primera parte del problema que nos hemos propuesto desenvolver, mas oscura y difícil es todavia la explicacion de la segunda, que al origen del instinto se refiere.

Partiendo del principio de la invariabilidad de las especies, en virtud del que, éstas han venido á la escena de la vida con su forma y organizacion definitivas, la solucion está dada, sus caractéres mentales han sido tambien fijados de antemano, y son tan invariables como sus caractéres orgánicos. Pero desde el instante en que á este concepto, sobre el origen de las variadas formas de la vida que actualmente existen en la superficie de la tierra y han existido en los diferentes periodos de su evolucion, se sustituye la hipótesis *monofilética* de Hæckel ó la *polifilética* de Darwin, segun las que, las diferentes formas específicas proceden de uno ó vários tipos primitivos, bajo la accion permanente en el tiempo, de la adaptacion, la concurrencia vital ó lucha por la existencia, la herencia y la seleccion, comprendemos científicamente la formacion y desaparicion de las especies, que de otro modo son inexplicables.

Tomando, con efecto, como punto de partida, la idea de la descendencia, sea mono ó polifilética, segun la que, el arbol genealógico de la vida arranca de uno ó diferentes organismos rudimentarios cuyos instintos necesariamente habian de ser muy sencillos, y que la organizacion física como la constitucion mental son correlativas, veremos entonces, que subordinados los instintos á las causas que determinan la variacion morfológica de las especies, la adaptacion, la herencia y la seleccion, tendran tambien lugar modificaciones mentales, que constituyendo un progreso sobre los estados anteriores, darán al animal, con condiciones de mayor complicacion, mejor aptitud y mayores probabilidades de supervivencia.

Todo órgano tiene, en general, sus funciones propias y determina en los séres las mismas necesidades. La forma de un animal es apropiada á sus inclinaciones, asi es que, aquellos que nos parecen mas imperfectos por su organizacion, son tan perfectos en sus condiciones de existencia como los demas.

El perezoso, por ejemplo, cuya locomocion sobre el suelo es tan lenta y difícil por la disposicion de sus extremidades, le favorece en cambio para trepar fácilmente sobre los árboles, donde vive. El topo destinado á vivir debajo de tierra, tiene sus extremidades anteriores organizadas para cavar y no para la marcha; su aparato visual casi innecesario dentro de sus galerías subterráneas, está reducido á unos pequeños ojos rodeados de muchos pelos y tan atrofiados aquellos en algunos, que forman la especie ciega (*Talpa caeca*. Sav.), frecuente en las comarcas meridionales de nuestro pais.

Se objeta contra la correlacion de los instintos y la organizacion, que las variaciones deben ser simultáneas y perfectamente adaptadas, porque un cambio en la una sin una modificacion inmediata en los otros, tendria que ser funesta á los individuos en quienes tal desacuerdo se produjese. Pero toda la fuerza de esta objeccion, como dice Darwin, descansa en la equivocada suposicion, que los cambios de estructura y de instintos son bruscos y súbitos. Con efecto, del mismo modo que las mas pequeñas modificaciones accidentales útiles ó favorables al animal en la estructura física conservadas por la seleccion, se desarrollan por el uso ó el hábito trasmitiéndose por la herencia; las mas leves variaciones ocasionadas tambien por las mismas causas que obran sobre aquella, ó por otras desconocidas, tal vez, actuando sobre la organizacion mental, deben determinar las trasformaciones y adquisicion de nuevos instintos. Asi es, que ningun instinto complejo puede desarrollarse por seleccion natural, sin una lenta y gradual acumulacion de ligeras, numerosas y útiles variaciones.

Formuladas estas afirmaciones, parece á primera vista, que deberiamos encontrar en la naturaleza todos los grados transitorios por los que haya sucesivamente pasado todo instinto complejo; pero lo mismo que en la organizacion física, deben hallarse, segun Darwin, no los grados transitorios por los que cada instinto complejo haya pasado, porque no pueden haber existido mas que en la línea de ascendientes directos de cada especie, sino solo algunos vestigios de transiciones análogas en las diversas líneas colaterales actualmente vivas. Y que estas transiciones son posibles, el gran naturalista lo ha probado brillantemente, estudiando con la paciencia, la habilidad

y la profunda ciencia que distingue todos sus trabajos, los instintos naturales y adquiridos de varias especies y particularmente, los maravillosos, complicados y hasta entonces inexplicables, de las hormigas y abejas.

RAFAEL GARCIA ALVAREZ.

(Concluirá.)

---

## CAMINO DE LA GLORIA.

### SONETO.

Para subir al templo codiciado,  
constante afan de la ambicion humana,  
iban en hora igual una mañana  
dos ginetes por sitio ya trillado.

Uno, en su VANIDAD corre montado  
y la cumbre de un monte pronto gana,  
mientras el otro, por la tierra llana,  
le sigue lentamente y fatigado.

¿Quién de estos hombres llegará primero,  
el que cabalga en la atrevida bestia  
ó el que en humilde marcha caballero?...

Inútil será de éste la molestia,  
si no cae, y por otro mas ligero  
dá su burro moral, que es la MODESTIA.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

---

## LA FILOSOFÍA EN SÚ HISTORIA.

---

(Conclusion.)

No son suficientes los mayores esfuerzos de que sea capaz el ingénio humano para salvar la dificultad de que nos venimos haciendo cargo. De ella, es una prueba la insoluble dualidad que se establece necesariamente entre las ciencias inductivas y las constituidas mediante la deducción. Parece favorecer á aquellas el continuado progreso que adquieren en sus datos y nuevas teorías; mientras estas otras ofrecen como título de superior valía el rigor de su construcción y la exactitud de sus resultados. De este modo se observa la relativa enemiga, que entre sí mantienen de un lado las ciencias matemáticas y algunas otras ciencias naturales, construidas deductivamente contra las restantes ciencias inductivas, no concibiéndose nada mas antitético que el rigor lógico de las unas frente al cálculo de probabilidades de las otras, concepciones todas ellas parciales y antítesis sin duda pasajeras, pero por demás justificadas ante la abstracta consideración, aceptada por todas las nuevas escuelas del problema del conocimiento y de las ciencias, como exclusivamente relativo y originario solo de las relaciones de diferenciación y semejanza. Ante tales dificultades se comprende la nueva tendencia manifestada por algunos naturalistas, y principalmente por casi todos los discípulos del criticismo kantiano, que se atreven á ceder algo en sus exageradas pretensiones anti-filosóficas, y que buscan en la filosofía un concepto mas amplio del conocimiento, á cuya sombra sea posible determinar una síntesis relativa de las múltiples direcciones que ofrece la

fecundidad del pensamiento moderno. De los mas fieles representantes de esta tendencia es Wundt, el cual no llega todavía á reconocer la sustantividad de la filosofía; pero llega á concebirla como un *alma-mater* de la ciencia.

Una vez admitida esta aplicacion general de la filosofía, señaladamente de la lógica á la organizacion de las ciencias particulares, hay necesidad de olvidar ya como armas enmohecidas é inútiles aquellas sarcásticas diatribas de los científicos contra los filósofos, y es obligado dejar de tomar por dogma aquella distincion orgulosamente establecida entre el científico y el filósofo reducida, en último término, á negar á las especulaciones de éste valor y trascendencia científicos. Y puestos ya en este camino, exige la lógica y requiere la racionalidad del pensamiento, hacer cesar esta contradiccion inexplicable entre la induccion y la deducion que no adquieren legitimidad con la pretension infundada de hacer exclusivamente relativo el conocimiento, sin formar siquiera cuestion sobre el principio de su relacion.

Supuesto de un modo implícito y presente al pensamiento, por lo menos, como *postulado de realidad*, usando el lenguaje de Kant, se ofrece á la atencion el *principio*, bajo el cual es posible determinar la interna composicion de las direcciones inductivas y deductivas, y con ellas el natural y obligado término de esta lucha infecunda entre las fuerzas igualmente nativas del espíritu humano. Cuantas apariencias fenomenales pretenda recoger la diligente observacion de los naturalistas, se muestran por igual dadas como pertinentes á uu supuesto objeto, que desde su *unidad* hace tan legítimo el conocimiento, que infiere desde la percepcion particular lo total, como el que desde la percepcion de lo total, deduce la necesaria existencia de lo particular. Es en tal sentido la induccion necesaria en igual grado que la deducion, pues si la primera por sí sola ofrece siempre un conocimiento, que, moviéndose entre supuestos incognoscibles, nunca llega mas que á probabilidades relativamente solicitadas por instancias ya favorables, ya contrarias, no logra de otro lado la deducion mas que conocimientos necesarios (juicios apodicticos), cuya mas alta expresion es un *debido de sér y realidad*, segun decia Hegel. En el interin la verdadera realidad del conocimiento, es decir,

la cualidad del conocimiento formado según exige, según es en sí el objeto, queda siempre como algo inasequible, flotando vaga é indecisa los más preciados esfuerzos de la actividad del sujeto de término á término, siempre relativos y parciales, nunca comprensivos de todo lo que es y contiene la realidad del objeto. A la vez, conviene reparar que el sujeto que conoce, haciendo inferencias é inducciones, es el mismo que verifica deducciones, y por tanto, es indispensable afirmar la unidad de la propiedad de conocer en el que conoce.

De esta doble exigencia, concebida en el principio que debe explicar la composición del conocimiento y justificar su realidad, tiene que originarse necesariamente un concepto superior al que late en el fondo de todas las doctrinas positivistas, que, por no tomar el problema de la verdad más que en los términos exclusivamente relativos que dejamos indicados, se ven todas ellas imbuidas de un gérmen de excepticismo, dominado solo por aquellos que, aun á riesgo de ser infieles á sus principios, invaden la esfera de la especulación con tendencias dogmáticas y construcciones filosóficas.

En médio de esta imperfecta teoría del conocimiento, representan las nuevas escuelas un progreso relativo, que fuera injusto desconocer. La justa representación que se atribuyen como reacción contra el idealismo, y los copiosísimos datos que atesoran mediante la observación y de los cuales ha de resultar seguramente un concepto racional de la *concreción efectiva*, en que la realidad se manifiesta en el fenómeno, son condiciones atendibles para estimar las últimas manifestaciones del positivismo contemporáneo como otras tantas evoluciones del espíritu, destinadas sin duda en el desarrollo ulterior del pensamiento á un concierto superior al que sus más decididos partidarios imaginan. Pero debieran no olvidar los positivistas que concurren á esta obra racional, merced á leyes y principios muy opuestos á los propósitos que alientan en sus intrasigencias de escuela. Al fin y al cabo, la teoría positivista no tiene constituida y formada una doctrina completa del conocimiento, según lo declaran algunos de sus más leales discípulos: escuela formada de aluvion recoge á la verdad algunas de las resultantes principales de los más profundos análisis, hechos del conocimiento hasta hoy: y ántes que dejarse avasa-

llar por un excepticismo inútil, prefiere tomar y usar las facultades intelectuales, tal cual las ofrece en su aplicacion el recto sentido comun, merced á lo cual acapara, como en arsenal inmenso, la riqueza de datos, que la observacion le proporciona. Impera soberanamente en el campo de la experiencia el Positivismo, pero dá tantas caidas como pasos, y comete tantos errores como concepciones idea, desde el momento en que aspira á constituir construcciones totales con la idea fragmentaria y relativa que tiene del conocimiento y de la ciencia. Que no basta la lógica natural, que el sentido comun, piedra de toque contra toda abstraccion exclusiva y escolástica, es insuficiente para formar conocimiento científico, son resultados que deben tocar de cerca mas que nadie los mismos partidarios del Positivismo. Y en tal caso, les está claramente marcada su mision, si aspiran á hacer fecundos sus esfuerzos: que abandonen exclusivismos escolásticos, y que sigan la senda en parte iniciada por Wundt y otros, inquiriendo un concierto racional entre la ciencia empírica y la filosófica.

## V.

A medida que mas se medita el giro seguido por los pensadores, mas se convence el crítico imparcial de que ningun esfuerzo se pierde en la obra compleja del pensamiento, que como todas las humanas, ofrece sus productos, revelando que son, pues no pueden menos, en parte resultado de precedentes anteriores, que laten en el fondo de lo actual y cuya germinacion fecundará las manifestaciones de lo porvenir.

Por tal razon, no nos hemos atrevido á señalar el carácter que ofrece al presente el problema filosófico, sin traer á juicio como elementos indispensables para ello, cuantas condiciones y señales estimamos necesarias para poder discernir exactamente los precedentes aportados por la historia al estado actual del pensamiento.

Con tales precedentes, creemos pueda formularse mas autorizada y desapasionadamente el juicio, que ofrece á una atenta consideracion el estado actual del problema filosófico. Herebero el siglo presente del anterior, prosigue lenta, pero laboriosamente sus tradiciones y con ellas la obra en aquel iniciada,

siquiera revele en la importancia, que atribuye á todas las cuestiones y en especial á la de la ciencia, un superior alcance, ageno á aquella terrible enemiga á todo lo existente y libre de aquella *preocupacion de despreocupados*, que tanto alhagaba á los hijos del siglo XVIII.

Cuán laboriosa es la gestacion del espíritu científico al presente, lo dice de un modo claro y preciso el maravilloso movimiento de todas las ciencias, que, al reconquistar su legítimo valor contra los excesos de las especulaciones idealistas, se *unifican* y gravitan, por ley superior al capricho de los individuos, hácia las cuestiones primeras, hácia el verdadero problema filosófico; que una nueva posicion de dicho problema es lo que, en último término, representan los triunfos del Positivismo.

Agentes á todo móvil de proselitismo, pues entendemos que el imperio de las Escuelas se derrumba, limitamos el fin de estas brevísimas reflexiones á *caracterizar* el estado actual del problema filosófico, el primero y el mas importante de todos.

Es ley inherente al pensamiento científico la de proceder con orden y medida en la indagacion de todo problema y sobre todo en el del conomiento, ya resuelto de una manera tan negativa como estrecha por el moderno Positivismo, que, al declarar que debe emanciparse la inteligencia de todo principio, entregándose á la aplicacion espontánea de sus facultades, hace declinar el pensamiento en contradicciones flagrantes, cuyo vacío no puede llenarse ni aun con los grandes adelantos de las ciencias particulares. Necesitan éstas hoy mas que ayer y necesitarán mañana mas que hoy, *unificarse* y para ello invadir el terreno filosófico, como lo hacen en parte los mas ilustres representantes del Positivismo: Wundt, Hæckel y otros.

Quien crea queda satisfecha la nativa aspiracion de la inteligencia humana con el conocimiento ó presuncion de las primeras y mas capitales cuestiones, quien pretenda decapitar la indagacion científica, limitándola á las *causas segundas*, relegando las tenidas por *primeras* á una especie de *exaltacion sentimental*, propia sólo de caracteres pusilánimes, ni conoce la verdadera naturaleza del problema científico, ni tiene en

cuenta las inexplicables contradicciones, en que cae toda doctrina exclusiva, como puede notarse en el *parentesco* que revelan las conclusiones, por ejemplo, de Mr. Renan en su último libro con las del Positivismo, siguiendo aquel antiguo proverbio de que los extremos se tocan.

Múltiples son las influencias que se contrapesan hoy en la formación de la Escuela positivista, soberana imperante, según cree, en el mundo intelectual. Debe su génesis excesivamente complejo el Positivismo á influencias, cuyos resultados convergen en puntos importantes. La discreción del sentido común, que siguiendo su ley, protesta, en medio de sus contradicciones, contra todo rigorismo de Escuela, y constituye lo que pudiéramos llamar *la filosofía de tejas abajo* (en cuya triste mansión nadie es infalible según la declaración recientísima de autoridad nada sospechosa), la Enciclopedia con su descreimiento, la Economía con la importancia casi exclusiva que dá al conocimiento de los hechos, las últimas manifestaciones de la izquierda hegeliana, que vé toda la realidad en el *devenir*, y, por último, cierta predisposición ingénita á la pereza del espíritu, son elementos, si distintos en su aparición y aun desarrollo, concordes todos para inficcionar el ambiente intelectual (pues el social lo tiene ya tristemente dominado) de un *carácter positivo*, que parece complacerse en sobreestimar todo aquello que priva al hombre de lo más noble y elevado de su naturaleza.

Difícil es la misión encomendada, por ley de la historia del pensamiento, á los hijos del siglo XIX, que ni pueden ni deben combatir doctrina alguna con huecas declamaciones, ni con razonamiento de autoridad. A ellos corresponde, ante todo, reconocer y declarar el verdadero carácter del problema, que surge en medio de elementos tan diversos; ellos deben aspirar, por lo ménos, á huir exclusivismos parciales y á encauzar el pensamiento por los derroteros que exigen de consuno la naturaleza de la verdad y las anticipaciones de la razón.

El carácter general de la filosofía moderna es el de que esta filosofía es y debe ser principalmente *crítica*, según declaran hoy todos los pensadores, lo mismo los que esperan de ella la resolución de todo enigma, que los que sólo la creen útil para implantar por tiempo en el mundo el imperio de las tinieblas.

Y este *carácter crítico*, que no se reduce solo á negaciones *ab irato* ó á eliminaciones prudentes, se debe mas que nada al gran pensador de los tiempos modernos, al que los alemanes llaman con cierta veneracion que raya en idolatria, *der vater Kant*, el padre Kant. En efecto, desde que toda indagacion del pensamiento humano procede por una ley necesaria de los principios asentados por Kant en su obra impercedera de la *Critica de la Razon pura*; desde que este gran pensador emancipó por completo el pensamiento de todo elemento extraño á su naturaleza, señalando con suma discrecion las condiciones de la verdad filosófica y consignando donde reside la dificultad, cuya solucion exige la ciencia humana, ha alcanzado una importancia innegable el estudio del *pensamiento mismo* y el exámen de todas las condiciones requeridas para alcanzar la verdad.

Considerar la primera posicion del problema filosófico cual la formuló Kant es ponerse en condiciones para hacerse cargo de cuantas dificultades son inherentes á la formacion de la ciencia, pero estimar la posicion de aquel problema, limitado á señalar tales dificultades, como la solucion definitiva de toda cuestion científica equivale, en parte, á declarar, cual lo hace con visible contradiccion el Positivismo, que es inasequible para el hombre la ciencia, siquiera el *conocimiento positivo* haya de ser una inexplicable excepcion, dentro de aquel mundo de negaciones.

Si ofrece dificultades gravísimas el conocimiento de nuestra inteligencia; si muestra el pensamiento obstáculos, al parecer insuperables, para dar valor objetivo á nuestras representaciones, demos por insolubre la cuestion, afirma el Positivismo, y tomemos el pensamiento por mero instrumento para llegar á adquirir un número mayor ó menor de verdades particulares, en las cuales mas importa atender á la *cantidad* que á la *cualidad*.

Con muy cortas y honrosas excepciones, tal es la posicion del Positivismo frente al verdadero problema filosófico; y como es ley indeclinable del pensamiento que surja del fondo de toda negacion el principio mismo de la afirmacion, y como el error es, cual pensaba el gran Goethe, la plástica representacion de Mefistófeles, aquel principio, que, queriendo negarlo

todo, todo lo afirma, se observa en el Positivismo un fenómeno, que es muy digno de tenerse en cuenta. Al hacer todo conocimiento subjetivo, al negar que los conocimientos tengan ningún principio real para su enlace, tienen que encomendar el engrane de sus verdades particulares á las ideas del sugeto, cayendo así el Positivismo, que se precia de ser protesta contra el idealismo, en una *exaltacion idealista*; en lo que pudiéramos llamar *idealismo al revés*, pues se formula especialmente para cada caso segun las necesidades del momento.

Pero es vano el esfuerzo, que hace el Positivismo para huir el problema filosófico, porque, apesar de que todo positivista, cuanto mas ortodoxo, mas obligado se cree á darle por muerto, renace aquel problema constantemente del fondo mismo de esta region serena de las verdades particulares. Pruebas de ello las dá Spencer con su principio de lo *indiscernible*, las ofrece Hartman con su idea de lo *inconsciente*, y, por último, se descubren en todos los partidarios de la evolucion, que tratan cada dia mas de simplificar el elemento primario, á que se refiere todo momento evolutivo.

Es seguramente ley indeclinable de la inteligencia humana, que puede separarse indefinidamente de su órbita, volver á su centro para renovar por grados y cada vez con sentido mas superior los problemas primeros y fundamentales de que toda verdad depende. Bien cumplida confirmacion ofrecen de lo que acabamos de decir las ciencias particulares, los progresos, que en ellas se cumplen y las marcadas tendencias que imprimen á sus nuevas direcciones hácia la simplificacion y órden de todas sus verdades bajo un principio. Así hay que reconocer que, á medida que el espíritu humano adelanta en el conocimiento de la pluralidad indefinida de las cosas, de las cuales adquiere una masa incoherente de noticias, le ocurre la exigencia, gradualmente sentida en todo el curso de la filosofia, de *pensar el pensamiento mismo* y de considerarle, no ya como un instrumento, sino como un fin sustantivo que puede y debe ser á su vez objeto de la ciencia.

Subsiste, pues, el carácter crítico del problema filosófico, que no está resuelto, sino eludido por el Positivismo. Mostrar el valor objetivo de nuestro conocimiento es aun cuestion para todo pensador sério; progresos parciales, que ayudarán

en su día á la completa solución del problema, existen seguramente en todas las Escuelas, y entre ellas en el Positivismo, que con su observacion atenta del mundo fenomenal aporta á la cultura comun un conocimiento mas ámplio de la realidad; pero el problema en sí queda en pié, siquiera se descubran ya en todas las soluciones parciales que ha recibido, suficientes señales para presumir que es de todo punto imposible llevar á cumplido término el propósito de formar concepto científico de la realidad, comenzando por dividir y negar aspectos fundamentales de ella.

Al fondo mismo del problema, fondo que late y se manifiesta por igual en las especulaciones supraterrenas del idealismo, que en las excursiones prudentes y pedestres de los positivistas, al fondo del pensamiento es al que hay que recurrir de nuevo y constantemente para reconocer como está implícita en todo conocimiento la ineludible exigencia de *la unidad*, que su relacion supone, unidad, que no pierde su valor; porque para unos sea lo indiscernible, para otros lo inconsciente y para otros principio de diferenciacion.

Contra idealistas y positivistas, pues, debe por igual afirmar hoy el pensador que la filosofía actual tiene un *carácter crítico*, en cuanto su problema fundamental es problema puesto y no resuelto. Contra aquellas extremas Escuelas puede y debe tambien afirmar y declarar el que se halle desapasionado, que en la consideracion y exámen del principio de unidad, supuesto en toda relacion de conocimiento, ha de indagarse la legitimidad de nuestras verdades. Tales exigencias, que no pretendemos darlas mas valor, son seguramente resultados generales, desprendimientos necesarios de toda doctrina filosófica. Convertir tales exigencias en verdades evidentes, llevar la intencion científica á fundar la relacion del conocer en la unidad de la realidad misma, es mision encomendada individualmente á cada cual en su educacion, es el fin á que conspiran los contínuos progresos del pensamiento y es, en último término, la única y superior condicion para que primero la ciencia y despues la vida salgan de esta crisis laboriosa, cuya fecundidad en resultados para la verdad y para el bien no puede apenas presentir el espíritu finito del hombre.

---

## EL GRAN MARQUÉS DE POMBAL. (1)

---

(Continuacion.)

### II.

La situacion del reino lusitano al amanecer la segunda mitad del siglo XVIII era por todo extremo lamentable. Dos grandes influencias se disputaban su imperio: pero un imperio completo, absoluto, intolerable. La influencia inglesa que se habia apoderado de la vida mercantil y la influencia religioso-romana que se habia hecho dueña del espíritu, de la conciencia, de la vida moral del pais.

En el calendario portugués, mas de la tercera parte del año la constituian *los días de fiesta*. El convento y la sopa boba eran la delicia de las turbas desarrapadas y holgazanas. La Inquisicion mantenía vivos la hoguera en que se consumía el pensamiento, y la confiscacion de los bienes de heréticos, con que se aumentaba la hacienda inmune y el campo yermo. El celibato clerical, en un pais de soldados y de clérigos, contribuía á que la poblacion bajase y la grosería del placer sensual se impusiese en la vida lusitana, como un positivo *fin* de la existencia. Los moriscos y los judíos, aquellos mantenedores de la industria ibérica, y que despues de la torpe conducta de los Reyes de España buscaron y obtuvieron asilo en Portugal, pagando con creces, gracias á su actividad, á su celo y á su economia, el favor que el vecino reino les habia hecho, fueron tambien expulsados, perseguidos, deportados al Brasil, atormentados en la Metrópoli.

Methuen habia conseguido en 1703 privilegios no compensados, para la industria inglesa, que contribuyeron grandemente á la rápida ruina de la de Portugal; y por este camino de

---

(1) Véase el cuaderno 3.º del tomo VII de la Revista.

concesiones y preferencias las casas de Lóndres se hicieron, guardando las formas, las directoras, las verdaderas explotadoras de todo el comercio portugués. Scherer, el ilustre autor de la *Historia del comercio*, dice:—«La navegacion de Europa pasó del Tajo al Támesis. Inglaterra hizo la banca para Portugal. Tomábase en Lóndres dinero á 3 por 100, á 3  $\frac{1}{2}$  cuando mas, y era colocado á 10 en Lisboa. Las importaciones anuales de Inglaterra y Portugal excedian á las exportaciones de este último, en un millon de esterlinas, el cual debia saldarse al contado con oro del Brasil, porque Inglaterra no tomaba azúcar ni tabaco, artículos respecto de los cuales, daba la preferencia á sus propias colonias. Esta falta de equilibrio sostenia el curso del cambio sobre Lisboa á 5 por 100 y favorecia el consumo de los vinos portugueses en Inglaterra. Las casas inglesas establecidas en Portugal se habian apoderado del comercio interior. Recibian las mercancías de su pais y las distribuian entre los comerciantes de provincia, que frecuentemente realizaban las ventas por sus mismos comitentes. Una parte de los negocios de comision llegó á ser propio del comercio inglés. A él pertenecian generalmente las flotas que partian para el Brasil, y por consecuencia las riquezas que reportaban. Los nombres portugueses no figuraban en las operaciones sino por fórmula. Estimanse en dos mil cuatrocientos millones de francos el oro exportado del Brasil en un periodo de sesenta años desde el descubrimiento de las minas: y sin embargo, en Portugal no circulaban mas de diez y nueve á veinte millones en 1754, llegando á deber setenta y dos. Ninguna descripcion mas elocuente que estas cifras. Portugal era como una criba por la cual pasaban inmensas riquezas sin dejar rastro. Verdad que la exportacion de metales preciosos estaba rigorosamente prohibida, pero todos los meses salian dos barcos de guerra, ingleses, del puerto de Lisboa, y exentos de toda visita llevaban sumas considerables.»—Así al mediar el siglo XVIII Portugal era en realidad una colonia británica; Portugal que un siglo antes rivalizaba con todas las banderas en el comercio marítimo; cuyos granos y caldos surtian no pocos mercados del Mediterráneo y cuyas lanas y sedas gozaban de extraordinario renombre, hasta en la misma Italia y en las ciudades anseáticas!

Mas graves, aunque en otro orden de ideas, eran las consecuencias de la organizacion político-social del pais vecino. Como en España, la libertad de los Concejos y el poder de las Córtes, que allí habian nacido y desarrolládose del propio modo que en el Centro y Este de la Península, decayeron á medida que crecia en importancia la realeza, cuyo supremo imperio se asegura con la casa de Avis, esto es, hácia los siglos xv y xvi. Pero mas que en España, en Portugal arraiga el feudalismo, convertido en señorío al inaugurarse la Edad moderna, y si bien D. Juan I, y tras él D. Duarte, D. Manuel y todos los Reyes de la casa de Avis, fieles al espíritu á que obedecian por aquella misma época los Reyes Católicos de España, Luis XI de Francia, Enrique de Inglaterra y Maximiliano de Austria, tratan de domeñar la antigua nobleza y de hacerse amigos y partidarios ora creando los nuevos títulos nobiliarios, ora promulgando la Ley Mental, ora adquiriendo *ad perpetuum* de los Papas la dignidad de Gran Maestre de las órdenes militares, ora reduciendo la jurisdiccion criminal de los Señores, sin embargo, esta obra no tiene mas sentido ni mas límites que la propia y exclusiva conveniencia de la corona. De aquí la subsistencia de los vínculos y mayorazgos, de los *morgados*, de los *prazos* sometidos á la ley *da Avoenga*, y, en fin, de las formas todas que consagraban la servidumbre de la tierra, ademas sofocada por las leyes de cultivo, la tasa y el *absenteismo* intimamente unido por aquel entonces á la gran propiedad. De aqui tambien la esclavitud, mas ó menos disfrazada, mas ó menos atenuada de la poblacion rural, de los *paisanos*, sometidos á los rigores de los derechos señoriales, consagrados ámpliamente en el libro 2.º de la *Ordenacao Philipina*.

Verdad que con la revolucion de 1640, que llevó al trono á la casa de Braganza y consagró la independenciam de Portugal, á despecho de los Reyes de España, parece como que la nobleza se levanta y las Córtes recobran su importancia de antaño; pero el movimiento es puramente anejo y secundario al de la 'exaltacion de la nueva monarquía, en la cual se encarna la idea de la independenciam nacional, y por tanto no habia para que esperar que tuviese mas alcance ni durase mas tiempo que aquellos que fueran compatibles con el interés y la representacion que la realeza venia teniendo á partir de don

Juan I. Por eso las Córtes son disueltas en 1674, al pretender fiscalizar los gastos públicos, y la nobleza, segura de la protección de los reyes, se satisface con el goce de sus grandes y cada vez mas abandonadas propiedades y sus irritantes derechos sobre el paisanage; indolente, vana, ciega, dejando paso como orden político é influyente al estado eclesiástico, que de esta suerte se halla al mediar el siglo diez y ocho, como el gran obstáculo y hasta cierto punto el verdadero rival, de la monarquía portuguesa.

A todo esto hay que añadir, primero, el atractivo de las expediciones lejanas que contribuyó tanto, así en Portugal como en España, á la despoblacion y aniquilamiento de los reinos europeos, infundiendo en los ánimos el espíritu de aventura y llevando á las masas los hábitos de irregularidad, de imprevisión, de violencia, y á la postre de holganza, que donde quiera han caracterizado y perdido á los pueblos conquistadores y guerreros; despues, la relajacion de la fibra portuguesa y la merma de su riqueza y poderío, debida muy principalmente á la tiranía que por espacio de sesenta años ejerció la España de los Felipes sobre el reino lusitano, lo que, entre otros inmediatos resultados produjo la pérdida del imperio y la influencia de Portugal en las Indias orientales: en tercer lugar, la naturaleza y economía del régimen colonial, inspirado en el espíritu de explotación á que por aquel entonces pagaba tributo toda Europa, y que no tan solo concluyó con la industria y la agricultura de la Metrópoli, sino que llevó irregularmente á las provincias meridionales de Portugal el virus corruptor de la esclavitud africana y la influencia corruptora de los intereses, pasiones y miserias cuyo libre juego consagraba el modo de ser político y social de las posesiones ultramarinas. Los efectos de todas estas causas debian ser desastrosos; y al mediar el siglo décimo octavo no cabia mas allá.

Portugal agonizaba: Portugal moria lentamente. El mal era visible: la gangrena palpable. En este instante aparece Sebastian José Carvalho, que toma sobre sí la rudísima empresa no ya de transformar la sociedad lusitana, sí que de volver á la vida al espirante reino de los Borgoñas, los Avis y los Braganza.

El empeño era grande, difícilísimo, casi titánico; pero esen-

cialmente portugués. Lo uno, porque ninguna de las empresas en que Portugal se ha comprometido en los seis largos siglos, que lleva de vida propia é independiente, ninguno sale del carácter excepcional y áspero, que ha hecho decir á no sé que estadista que el valor y la grandeza de sus hechos guardaba en toda la historia proporcion constante, bien que inversa, con la exigüidad de su territorio y la modestia de sus apariencias. Lo otro, porque toda la historia de Portugal es una continúa protesta, una permanente batalla contra la ley general histórica que exige el sacrificio de los intereses locales y la desaparicion de esas extrañas autonomias que para vivir una vida robusta y fecunda exigirian condiciones geográficas y elementos sociales de que ha carecido, apesar de su magnífica historia, el pueblo lusitano.

Pombal llevó su atrevida mano á todas las esferas de la vida portuguesa; y si su obra se quebrantó y vino en cierta parte á tierra á poco de caido el osado arquitecto, débese mas que á error de plan y pobreza de idea, al vicio general de su procedimiento, que á su vez dependia del deplorable concepto que del Estado tenia formado el Ministro del rey José y con él los hombres mas eminentes de aquella época, conocida en la historia europea con el nombre de «época de los reyes filósofos.»

La nobleza y el clero fueron las primeras víctimas de Pombal; y se explica, porque de esta suerte no solo volvia por la independencia de la pátria lusitana, si que robustecia y hacia omnipotente al Estado, á la monarquía, que de tales condiciones, á su juicio, necesitaba para salir adelante con la ímproba, la tremenda tarea de renovar y vivificar aquella sociedad. Con estas ideas, Pombal suprimió los autos de fé, sometió á la confirmacion real las sentencias de la Inquisicion y arrancó á ésta el poder de confiscar: expulsó los jesuitas y se apoderó de sus bienes; rechazó la bula *Incoena Domini*, despidió al nuncio del Papa, cortó relaciones con Roma, y preparó con la ayuda de la célebre *Tentativa Teológica* del P. Pereira un cisma cuyas consecuencias hubieran sido incalculables á secundar á la corte de Lisboa las de Madrid y Paris solicitadas al efecto, y á no haber muerto en 1769 Clemente XII: limitó los legados piadosos, prohibió la institucion del *alma* de los testadores por heredera y revisó los diezmos y oblaciones de los pueblos á la

Iglesia, corrigiendo innumerables abusos y levantando no pocas cargas que con varios pretextos, todos de color y sabor religioso, agobiaban al pais; secularizó la enseñanza, dando los *Novos Estatutos* de la Universidad de Coimbra y creando con numerosas cátedras en provincia, el *subsidio literario* sobre los vinos para su sostenimiento: sometió la jurisdicción de los Obispos en todo lo no espiritual al Monarca, limitando la jurisdicción del derecho canónico á los negocios espirituales y los tribunales eclesiásticos, y ésto en cuanto no obstase á las leyes portuguesas; decidido á levantar la clase media, tendió la mano á los propietarios y comerciantes, confiriéndoles títulos y dándoles cartas de nobleza, con lo cual el mérito personal se sobreponía al honor hereditario, y en las clases superiores se establecía un principio de división, no echado en olvido en los consejos de Maquiavelo; humilló á la nobleza antigua con el atroz proceso de 1758 que llevó al cadalso al duque de Alveiro, á los marqueses de Tavora, al conde de Atouguia y al Sr. de Souza; reformó los antiguos *morgados*; proclamó la libertad de todos los hombres nacidos ó residentes en Portugal; abolió la diferencia de cristianos nuevos y cristianos viejos y preparó el terreno para que los privilegios de los señores, así en el orden militar como en el de la administración de justicia, ya atacados desde el tiempo de D. Dionisio, cayesen á los pies de D.<sup>a</sup> Maria en 1790.

Pero como antes se ha dicho, todas estas medidas, que verdaderamente imponen por su valor, su número y su trascendencia, eran al par que soluciones á determinados problemas, medios de llegar á otras para las que se necesitaba una fuerza tanto mayor, tanto mas excepcional cuanto que el ministro de José I habia decidido hacer caso omiso del tiempo.

A este segundo orden de reformas refiérense los decretos en cuya virtud fueron arrancadas las viñas de una gran parte de Portugal para sembrar trigo; la prohibición de trabajar la seda á todos los que no hubieran recibido lecciones y obtenido título de unas maestras italianas que en vista del fomento de esta industria trajo Pombal; la creación de la Compañía general de agricultura obligada á comprar anualmente todos los vinos del Duero á un tipo fijado previamente por el Gobierno, y á adelantar capitales á los labradores necesitados, á cambio

de un extraordinario número de monopolios, como el de la exportación de vinos para el Brasil, el surtido de las tabernas y establecimientos de Oporto, y la destilación de los aguardientes en las tres provincias del Norte; la prohibición de matar vacas, cultivar el tabaco y comprar paños franceses; el monopolio del comercio oriental concedido á un negociante de Lisboa, y cien otras medidas inspiradas indudablemente en el deseo de levantar la vida económica del vecino reino, pero que sustituyendo de un modo absoluto é indiscreto la acción y el interés del individuo, único competente en ciertas esferas, acusaban una fé ciega en la omnipotencia del Estado, y no dieron de sí mas que efectos rápidos é insustanciales, ó descalabros y complicaciones de difícil remedio.

### III.

Mas no se detuvo aquí el gran Marqués. A todas las anteriores hay que agregar otras reformas, que así como las primeramente aludidas en este ligero trabajo responden al propósito de robustecer la autoridad y la acción del Poder monárquico, así estas revisten el carácter de complementarias de todo lo que el perspicaz y valeroso ministro trató de realizar en el orden de la vida interior, de la existencia política, económica y social del vecino reino, para emanciparle de tutelas afrentosas y agotadoras y hacerle entrar con cierto desembarazo en el camino del porvenir ya alumbrado por los primeros reflejos de la Revolución contemporánea. No otra cosa son, no otra cosa valen la reforma colonial y la celeberrima ley da *boa razao* de 18 de Agosto de 1769.

Por mucho tiempo ha sido flaqueza de casi todos (de todos pudiera decirse) los revolucionarios y grandes reformistas de las naciones europeas que poseen en remotos países factorías, colonias ó dependencias, limitar su acción, cuando la hora de las reformas ha llegado, al territorio de la Métrópoli, dejando por condescendencia, error, petulancia ó miedo, subsistir allende los mares no solo el espíritu de las instituciones, si que las instituciones mismas que aquende combaten y al cabo destruyen.

Yo pretendo explicar las causas de este fenómeno; quiero

limitarme á dos cosas. La primera á hacer notar el profundísimo error que tal política entraña: y la segunda á demostrar, y esto simplemente con una mera indicacion histórica, los fatales resultados que para las Metrópolis ha producido, *siempre*, aquella flaqueza. El olvido de las reformas coloniales implica de un lado el desconocimiento de la economía del mundo moral, donde la armonia es quizá la primera ley, y de otra parte el menosprecio de esa fuerza irresistible, que así en el orden de las ideas como en la esfera de los hechos, impone soluciones y anula la voluntad de los hombres: la fuerza de la lógica.

Cuando el espíritu de la tradicion es herido, con mano tan enérgica que solo es dable esperar la muerte, instintivamente aquel busca en torno suyo un complaciente pliegue donde refugiarse, mientras que el génio de la reforma recorre el trayecto que corresponde al empuje de la acometida y se ufana y gallardea con la victoria alcanzada. En aquel refugio se restaña la sangre, se rehacen las fuerzas, y sobre todo, se calculan los medios y se toman las formas compatibles con las flamantes mudanzas, de suerte que los antiguos monopolios, corruptelas, preocupaciones, errores ó lo que sean, puedan volver á ejercer cierta influencia sobre la sociedad siempre poco predispuesta á novedades, que por lo pronto se traducen en cierto desequilibrio que al comun de las gentes disgusta y aun aterra. De aquí que todo reformista debe contar con las pérdidas que su obra ha de sufrir pasados el primer efecto y el entusiasmo de los primeros dias, con tanto mayor motivo cuanto que es imposible en un momento dado, en una determinada época remover hasta los cimientos y renovar totalmente la sociedad. Siempre, pues, le queda amparo y esperanza al espíritu de la tradicion, aun en los periodos mas violentamente revolucionarios. Siendo esto así por lo comun ¿qué importancia no tendrá el mantenimiento del *statu quo* en las colonias, mientras en la Metrópoli son atacadas y vencidas las ideas que en hora propicia han producido las condiciones generales de la vida metropolitana y de la colonial! Sucede entonces una cosa naturalísima. Los intereses aquende derrotados, se refugian allende, y en las colonias se nutren y desarrollan á la clara luz del dia, como si nadie se les hubiese presentado en el camino, y aprovechándose de la enseñanza que los sucesos de la Madre

Pátria les proporciona, se extreman para ahogar en aquellas comarcas, en aquellas jóvenes sociedades todo espíritu de protesta, todo gérmen de cambio, todo elemento de perturbacion y de reforma, que desatendido ú olvidado al fin les proporcionaria la misma suerte que habian corrido en la Metrópoli. Y asi viven y asi medran hasta que llega la hora de la reaccion de las colonias sobre las Metrópolis, coincidiendo quizá con la de la reaparicion de los elementos antiguos, mas ó menos modificados, en la superficie de la Madre Pátria. Y entónces ay! de las nuevas ideas, de los nuevos intereses, de las flamantes reformas.

Díganlo Inglaterra, España y Portugal mismo. ¿Quién ignora que la política represiva, antiliberal, autoritaria que los gabinetes wighs del tiempo de Jorge IV de Inglaterra, realizaron en los negocios de América hizo posible la reorganizacion del viejo partido tory, deshecho por el fracaso de la última tentativa jacobista, y que acentuándose las cosas al cabo, y dentro de un período de menos de quince años, esa misma política determinó no solo una série de graves conflictos para la libertad británica, como el proceso Wilkes, y la intervencion directa del monarca en las cuestiones parlamentarias, si que la ruina del bando wigh y la exaltacion al poder del partido tory ya fuerte y robusto bajo la direccion del célebre Lord North? Y respecto de España ¿quién ignora que los hombres mas reacios en punto á reformas ultramarinas, los que impidieron su planteamiento en 1810 y 1820, los que con mas energía combatieron el movimiento liberal allende el Océano precisamente en la época de mas entusiasmo liberal aqueunde el Atlántico, fueron el célebre Lardizabal (de la Regencia de Cádiz), el Obispo de Orense, el general Elio, el famoso Morillo, el Conde de Toreno y, en fin, los hombres mas caracterizados de la reaccion absolutista y conservadora, pero respecto de cuya adhesion á las ideas avanzadas en la época del imperio de ésta, nadie se permitia la menor duda? Y en Portugal mismo, en el periodo de 1820 al 23 los que influian mas rabiosamente en la actitud de las Cortes democráticas de Lisboa frente al Brasil, los que empujaron á aquellas con mas brio á la política anti-liberal que dió de sí, como en Inglaterra y en España, la pérdida de las Colonias, no fuer precisamente los que despues utilizaron este fracaso

contra los liberales y los que contribuyeron á restaurar el absolutismo en la Metrópoli lusitana? Ah! Es que lo semejante llama á lo semejante, y no es racional, ni justo, ni lógico que se gobierne con un doble y contradictorio criterio. «La libertad aquí, la reaccion allí..... imposible. Acá la reforma, el progreso, el porvenir: allá la tradicion, la oscuridad, el estancamiento..... locura! Lincoln bravamente lo decia al decretar la emancipacion de cuatro millones de negros: «Un pueblo no puede ser mitad esclavo, mitad libre: ó todo libre ó todo esclavo.»

Pombal vió esto claro, y la cosa era tanto mas grave cuanto que la política colonial portuguesa era la política latina, la que tiende á hacer de Colonias y Metrópoli un solo pueblo. Por tanto el gran Marqués comprendió que su obra de este lado del Océano, quedaria en el aire si permitia á sus enemigos el refugio de las colonias. De aqui su reforma colonial: la *única* que verdaderamente se ha hecho en el vecino reino.

La colonizacion portuguesa es quizá la fase mas esplendorosa y positivamente la mas singular é inverosimil de la vida lusitana. Apenas la imaginacion concibe lo que Portugal hizo en poco mas de ciento cincuenta años. Sus navegantes corrieron todos los mares: sus exploradores todas las costas: sus traficantes todos los mercados: sus soldados todos los campos. Nada les aterró: nada les impuso. Pelearon con los africanos de Oriente y Occidente, con los indios de América, con los indios de Asia, con los piratas de Sonda, con los árabes, con los egipcios, con los venecianos; con todo el mundo: y por un instante Lisboa ocupó el lugar de Alejandria y de Génova, antes de pasar el cetro del comercio á Amsterdam y Londres. ¡Y que todo esto lo hiciera un puñado de hombres, que para vivir solo tenian una estrechísima faja de tierra, en el extremo de Europa, amenazada por las lanzas castellanas y contenida por las furiosas olas del gran Océano!

El procedimiento portugués fué distinto en Africa y Asia que en América. Allí trató solo de apoderarse del comercio: aquí tomó en sério la empresa de dominar una comarca, explotar sus riquezas y crear una sociedad. Asi es que el empeño de los Vasco de Gama, los Almeida y los Alburquerque, no fué precisamente adquirir grandes extensiones territoriales: importábalas mas establecer factorias y puestos militares y navales, desde

los cuales pudieran influir en los príncipes africanos y asiáticos, dominar los mares, y recoger todas las especies de Oriente, llevándolas por el Cabo de Buena Esperanza á Lisboa, bien á pesar de los genoveses y venecianos que por Suez habian querido y logrado hacer lo mismo. Ciertó que, al fin, Portugal despues de muchas y reñidísimas luchas se encontró dueño de reinos y vastas comarcas; pero esto fué resultado de las circunstancias mas que de su propio deseo. La oposicion de muchos indígenas forzó á Portugal á su conquista; pero aun despues de ésto, siempre quedó por cima el espíritu esencialmente mercantil de su empresa.

Era una de sus primeras condiciones poner todo el tráfico entre Lisboa y el Oriente bajo la direccion de la *Casa da India* de aquella ciudad, reservándolo exclusivamente á los portugueses, los cuales tenian que proveerse de una licencia, por lo general valedera por un año, que concedia mediante ciertos derechos y con ciertas clausulas el Gobierno de Portugal, obligado, por otra parte, á escoltar con sus famosas carracas los barcos particulares que iban ó venian, en convoy de Goa. En esta plaza, centro de todo el imperio oriental lusitano, se acaparaban las codiciadas mercancías del mundo asiático, lo cual se obtenia por el privilegio alcanzado de los príncipes indígenas de que solo á los portugueses habian de ser vendidos ciertos géneros; amen de la condicion impuesta á los primeros de no permitir en sus puertos y territorios á los enemigos de Portugal y de no traficar con extranjero alguno sin conocimiento y aun sin licencia de los agentes de Lisboa. Además, el transporte de las mercancías adquiridas conforme á cierta tarifa, por el Estado en las comarcas orientales sometidas á príncipes indígenas tributarios ó simplemente amigos de Portugal, se verificaba solo por los barcos del Gobierno lusitano, el cual los cedia en Goa con cierta prima á los particulares. Por último, el Gobierno portugués se habia hecho cargo de la policía de los mares indicos, y sobretexto de limpiarlos de piratas, el resultado era que por ellos nadie navegaba sin especial permiso de aquel. A todo lo cual habia que añadir los tributos que por razon de vasallage, en grados diversos, pagaban á la corona lusitana hasta ciento cincuenta príncipes de Africa y Asia, y los derechos de aduana con que era

gravada la importacion y exportacion de todos aquellos géneros cuyo comercio no se reservaba absolutamente el Estado, á modo de los famosos estancos españoles. Tales eran los toques esenciales de la vasta empresa lusitana y así corrieron las cosas hasta mediado el siglo décimo sexto; es decir por espacio de cerca de cincuenta años.

Pero la obra iniciada por Vasco de Gama y Cabral, desarrollada por Francisco Almeida, y llevada á su último grado de esplendor por Alfonso de Alburquerque, el verdadero héroe de Camoens, á poco se cuarteó, amenazando ruina, quizá porque era poca base el Portugal del siglo décimo sexto para tan extraordinaria mole. A Goa fué la Inquisicion, y la intolerancia religiosa cometió en el Oriente crímenes sin cuento. El espíritu guerrero, no contenido ya por la conciencia del empeño que tan soberbiamente habia dominado Alburquerque, lo convirtió en una mera aventura, y sin pretexto ni objeto corrió la sangre y se impuso exclusivamente la política de la fuerza. Sobrevino la inmoralidad mas escandalosa y los soldados de Portugal olvidándose del interés de la Pátria, redujeron su estancia en Oriente á la explotacion brutal y escandalosa del pais para su solo particular provecho. Asi es que en tiempo de Juan III, nada aprovechaba el Estado de las rentas de Oriente y á poco los capitanes y los gobernadores de aquellas lejanas comarcas, despues de combatirse con intrigas en la corte de Lisboa, llegaron á las manos en las mismas colonias, dando el escándalo consiguiente y alentando lo indecible á los indígenas para levantarse contra el corrompido invasor y á los extraños para atacar el monopolio que de los mares y del comercio oriental venian ejerciendo los portugueses. En vano Juan de Castro, ayudado por San Francisco Javier quiso contener el derrumbamiento del edificio; pero su administracion de cuatro años fué solo un paréntesis, seguido de las turbaciones mayores conocidas en la historia de la India, que conjuró, tambien por breves momentos (otros tres años) en el reinado del fanático D. Sebastian, el bravo Luis de Ataide. El imperio oriental portugués estaba herido de muerte, cuando Portugal fué engarzado en la corona de nuestros Felipes. Era lo único que faltaba para su ruina; y de tal suerte ésta se precipitó, que no falta historiador que aventure la especie de que semejante pérdida no es-

tuvo fuera del deseo del rey español, celoso por sus colonias de Occidente y prevenido contra todo lo que diera de cualquier modo fuerzas á Portugal, nunca por completo sumiso, para rehacerse é intentar, como al cabo intentó y consiguió, su independencia.

Pero desde el instante en que el pabellon español flotó sobre las colonias lusitanas, los mares índicos y las posesiones de Lisboa fueron objeto de las expediciones de los enemigos de España, singularmente de Inglaterra y sobre todo de Holanda, que por aquella fecha luchaba brava y felizmente por su libertad contra los Felipes españoles. Antes de concluir el siglo xvi, el holandés Houtman habia ya doblado el Cabo de Buena Esperanza y recorriendo el litoral africano, esmaltado de factorias y fortalezas portuguesas, habia llegado al Asia, llena de ódios contra los hombres de Lisboa. En 1597 el pabellon holandés ondeó sobre Java y el siglo xvi terminó con la exaltacion de Amsterdam sobre las ruinas del mercado del Tajo. A poco, en 1600, se constituía la Compañía de la Indias Orientales de Inglaterra. El mundo oriental se escapaba al espíritu latino; y así es que al concluir el periodo español de la historia portuguesa (1583-1640), aquellos sesenta años que no sin razon llaman nuestros vecinos, *de esclavitud* y que tanto obstan á la realizacion de la fecunda é inexcusable idea del iberismo, Portugal se halló reducido á nueve puertos en Asia y la costa occidental de Africa. Lo demas habia caido en poder de los enemigos de España ó de los mismos príncipes indígenas africanos y asiáticos. Ya ni sombra quedaba del Imperio del siglo décimo sexto: y aquellas arruinadas factorias, aquellas ciudades pobres y despreciadas que el tratado de Munster de 1648 devolvió á D. Juan de Braganza (el restaurador de la monarquía y la independencia lusitanas), aquellos escasos restos de una grandeza inverosímil, á compararla con la miseria presente apenas merecieron la atencion de los portugueses, á la sazón preocupados con las riquezas del Brasil, donde las armas de Holanda no habian podido apartar la voluntad de los colonos de la maltratada y abatida Metrópoli.

En tales condiciones llegaron las colonias portuguesas de Asia y Africa á la época de Pombal. Todavía en el segundo cuarto del siglo xviii habian ocupado un tanto la vista del

Gobierno lusitano los asuntos de la India, con motivo de la expedición que uno de los príncipes indígenas, el Maratta, había dirigido contra aquella parte de la dominación portuguesa, donde estaban Bacaim, Chaul, Damao y Diu y que se llama, todavía hoy, la *provincia do Norte*; de lo cual siguió una guerra algo accidentada y muy poco feliz por parte de los europeos en los tres primeros años, pero que terminó al quinto (en 1742) en provecho de los portugueses, previos sacrificios no escasos para enviar á la India desde el Brasil al marqués de Lourical con diez á doce mil hombres. Mas no por ésto, y con la derrota del Maratta, lucieron días tranquilos para la India. Los soldados portugueses incesantemente tenían que sostenerse con las armas en la mano; las costas orientales estaban asediadas por piratas: y los ingleses y franceses no dejaban pasar ocasión de extender sus dominios y de suscitar dificultades á los señores de Goa.

Pombal, sin desistir de la empresa militar, trató de proporcionar otra base que la de la fuerza, la intolerancia y la expoliación al ya exiguo imperio portugués de Oriente. A este fin celebró un tratado de paz y alianza con el rey indígena de Sonda; se devolvieron algunas plazas conquistadas á otros príncipes indios; se hizo la paz definitiva (en 1766) con el Maratta y se acreditaron dos representantes ó agentes consulares de Portugal, ó mejor dicho de Goa, en el flamante y vecino establecimiento francés de Pondichery; y si bien es cierto que en este periodo se dá el triste suceso, único en la historia colonial lusitana, de haber caído prisionero y sido muerto por sus enemigos un virey (el conde de Alva, en 1756) y por mas que la generosidad de los portugueses fuese al principio mal recompensada por los orientales, quizá pérfidos por carácter pero quizá también por las continuas lecciones que de falsía y crueldad les habían dado los europeos en un lapso de tiempo de cerca de dos siglos y medio, ello es que á la postre el pabellón de José I volvió á tremolar en las plazas recientemente perdidas y hasta 1790 gozaron aquellas siempre perturbadas posesiones una tranquilidad y un desahogo de todo punto imprescindibles para que su administración se regularizase y de algun modo se contuviera su visible ruina.

De otra parte Pombal limitó el Vireinato ó Gobierno de la

India al Oriente propiamente dicho, y contrayendo á él la atencion instituyó la Junta de Hacienda de Goa y la Intendencia ó Administracion general de las provincias continentales ó *nuevas provincias*, con mas la Intendencia de marina y almacenes de aquella isla, cabeza de todo el gobierno oriental. De esta suerte se echaban las bases de una administracion un tanto ordenada; á lo que respondia tambien la terminacion de los abusivos arriendos de la aduana de Goa que desde entonces administró el Estado y la reduccion de los extraordinarios sueldos y singulares obvençiones que disfrutaban los vireyes y gobernadores. En otro órden las reformas fueron mas trascendentales. El poder inquisitorial fué restringido al modo que en la Metrópoli: espulsados los jesuitas: establecidas las primeras escuelas públicas que ha habido en la India y aplicado el impuesto del Subsidio literario para el sostenimiento y desarrollo de la enseñanza recomendada con vivísimo calor. Tras esto vinieron la proclamacion de la mas amplia tolerancia religiosa hasta el punto de permitirse á los habitantes *das Novas Conquistas*, (1) que construyesen aquellas pagodas que en las *Velhas* habian sido arrásadas en 1540: la secularizacion de las iglesias mediante la entrega de las hasta entonces servidas por frailes á clérigos ordinarios: la extension á la India del decreto que borraba las diferencias entre cristianos viejos y cristianos nuevos, diferencias harto sensibles en Ultramar á donde se habian refugiado muchísimos judíos y donde la Inquisicion hizo horrores; y por último la solemne declaracion de que «los hijos de Goa gozaban de los mismos honores y privilegios que los nacidos en Portugal y que eran hábiles para todos los empleos públicos.» En este último decreto vese claramente el espíritu del innovador y del político.

No se atrevió, empero, á hacer en la India lo que realizó en la costa Oriental de Africa, en Mozambique, que separó de la dependencia de Goa, constituyéndole cabeza de la Capitanía General de «Mozambique, Sofala, Rios de Sena e toda a costa de Africa e seu continente desde o cabo Delgado ate a bahia de

(1) El Estado de la India portuguesa se dividia y divide en tres comarcas: las provincias «Das Velhas» conquistas que son las islas de Goa, Bardéz y Salsete; las provincias continentales ó sean los territorios de Perem, Bally Cacóre etc. etc. llamadas «Novas Conquistas» y en fin las islas Angediva, Damao, Diu, Timor y otras plazas sueltas. La primera comarca tiene de superficie 222 millas cuadradas: la segunda 840. Vease Bordalo: Ensaio sobre a estadistica das posesocs portuguesas no Ultramar.

Lourenzo Marques» al igual de las Capitanias Generales de Angola y Rio Janeiro. Aqui el espíritu reformista del ilustre ministro llegó á la abolicion de casi todos los estancos (excepcion hecha del *velorio*) y á la libertad del tráfico; y en cuanto á Angola, reducido á teatro de todo género de violencias, á que excitaba la importancia que en aquella comarca tenia y por mucho tiempo tuvo el comercio de esclavos, baste recordar que á este periodo corresponde la administracion de D. Francisco Innocencio de Sousa Continho, promovedor de la agricultura en el pais, autor de expansivos reglamentos para el comercio: perseguidor infatigable de los latrocinios y atentados de toda especie que en aquel pais se cometian sin tregua: reformador de los aranceles de aduanas y celoso sostenedor de la política de las misiones y la reduccion pacífica de los africanos de la vecindad.

Por desgracia no bastaban todas estas medidas para evitar la decadencia de las colonias portuguesas de Asia y Africa. Tampoco consiguió evitar la de las nuestras el inolvidable Marqués de la Sonora. Contra los esfuerzos del gran portugués trabajaban los resultados de mas de dos siglos de errores, la flaqueza misma de la Metrópoli incapaz de gobernar á otros pueblos cuando no podia dirigirse á si propia, y las exigencias del tiempo que imponia soluciones incompatibles quizá con el espíritu lusitano. Pero lo que hizo Pombal (aun prescindiendo del carácter especialísimo que he distinguido en su obra allende los mares, considerándola como complementaria de la reforma metropolitana); lo que realizó el célebre Marqués en Oriente puede estimarse teniendo en cuenta, primero, que en todo el siglo XVIII y buena parte del XIX aquellas comarcas no disfrutaron de análoga tranquilidad ni progreso tan constante bien que lento, y segundo, que apesar de los cien años que desde su gobierno han trascurrido hasta los dias que vivimos, aun no se han levantado aquellas colonias, si es que su situacion interior no es mas deplorable. De todas suertes, fuera de la novísima libertad del tráfico, todo lo que es nuevo en el Estado de la India portuguesa es la obra de Pombal.

RAFAEL M. DE LABRA.

(Concluirá.)

## DUDAS.

Alza su tronco altanero,  
desde la grama escondida  
y esmaltada,  
el enhiesto cocotero  
de verde copa atrevida  
y festoneada,  
donde arrulla cadenciosa  
dulce cántiga amorosa  
la paloma,  
y escuchando sus ardores  
abren su cáliz las flores  
esparciendo suave aroma.

Perdido entre las sombras,—vagando á la ventura,  
recuerdos evocando—su mente con ternura,  
entusiasmado un vate—su voz al viento dá.

¿Quién su canto  
escuchará?

La pólvora se inflama,  
retumba el bronce hueco,  
voraz corre la llama,  
horror y muerte clama  
trémulo el eco:  
y del vate  
el corazón,  
cuando late  
de emocion,  
es por el noble deseo  
de ganar en la campaña  
un desgarrado trofeo  
que á los pies tender de España.

Pero, mientras por ella—la vida alegre dá,  
¿quién la gloria  
llevará?

Sopla el nordeste violento  
 y las olas se combaten  
 con furor:  
 amagan al firmamento,  
 se descomponen y abaten  
 con fragor;  
 y á la luz fosforescente  
 de la centella esplendente,  
 vaporosa,  
 sucede del ronco trueno  
 el rumor de espanto lleno,  
 que hiela el alma medrosa.

De pié sobre la proa,—á fuerte cable asido  
 el vate se despide—del suelo en que ha nacido  
 y cuyos dulces ecos—jamás escuchará.

¿Quién su muerte  
 llorará?

En esmeralda y plata  
 tornóse la onda oscura;  
 velera una fragata  
 de echar el ancla trata,  
 ya segura,  
 en la arena  
 de la rada,  
 con gran pena  
 conquistada;

mas, cuando el vate descienda  
 á donde el hado le lleve,  
 y ansiosa su vista tienda  
 por el tropel que se mueve,  
 buscando una mirada—de amor ó de amistad  
 ¿quién su mano  
 estrechará?

SERAFIN OLAVE.

---

LA ROMA DEL IMPERIO  
Y  
LA FRANCIA MODERNA.

---

ESTUDIO COMPARATIVO.

En el último tércio de nuestro siglo, siglo de transición, etapa importantísima en la marcha del progreso, y testimonio elocuente de la actividad humana, hemos asistido á una de las mayores hecatombes, á una de las mas rápidas caídas, á la muerte del imperio de Napoleon III, y á la caída de su poderio. Jamas, ambición mayor se vió burlada de modo tan sangriento. Jamas edificio levantado con mayor paciencia, se derribó con mas ruidoso estruendo. Despues de los triunfos obtenidos en Crimea, despues de la toma de Malakof y Sebastopol, triunfos aun en Magenta y Solferino, triunfos y victorias en todas partes, y por último, un plebiscito para perpetuar una dinastía. Despues, á los pocos meses, la derrota, el hundimiento, la nada, menos que Elba, menos que Santa Elena. En Santa Elena, el leon yacia aprisionado, prueba innegable de que se le temía: despues de Sedan ninguna precaucion se tomó contra el coloso: se le dejó hundir en el olvido, como se hunde entre la yerva la estatua de granito que el huracan derriba de su pedestal.

No somos fatalistas: no decimos como los orientales «lo escrito escrito está; lo que ha de suceder sucede». Ciertamente es que, segun los ejemplos que nos ofrece la historia de la humanidad, las civilizaciones pasan, sucediéndose unas á otras, los poderes se gastan, las instituciones que fueron creadas obedeciendo á la necesidad de los tiempos, dejan de ser, cuando esta necesidad y estos tiempos han pasado, cierto es todo esto; pero cierto es tambien que no hay efecto sin causa, y que la inflexi-

ble lógica de los hechos, nos enseña que la ruina de las naciones, lo mismo que la caída de los grandes poderes, tiene siempre su origen en el desorden, en la desmoralización, en el relajamiento de los lazos sociales y en la corrupción de las costumbres. Esto nos enseña la historia de los tiempos antiguos y modernos. Esto sucedió en Grecia, esto en Egipto, esto en la Roma del imperio, esto en la Francia moderna; y precisamente la semejanza que en su aniquilamiento ofrecen estos dos vastos imperios, pues el uno y el otro habían llegado al apogeo de su grandeza, es lo que nos ha impulsado á trazar en algunos artículos, aunque solo á grandes rasgos, este estudio comparativo.

## I.

## EL TOCADOR DE LA DAMA ROMANA.

La influencia de la mujer está íntimamente ligada á los acontecimientos prósperos ó adversos de los pueblos; pero esta influencia, aun cuando en mas de una ocasion haya sido perniciosa, no es solamente hija de su frivolidad y ligereza, ni de su amor al lujo y los placeres, por el solo hecho de serlo, sino que al obrar así, obedece, mas que á sus propios instintos, á la educación que se la dá, al lugar que se la reserva en el hogar doméstico, y á la indiferencia con que se miran su inteligencia y las aspiraciones legítimas de su espíritu y de su corazón.

Desde la mas remota antigüedad hasta algunos años despues de comenzada la era cristiana, la mujer vivia en perpetua tutela; y sin embargo, largas, muy largas épocas tiene la historia en la que la mujer no fué causa, ni pretesto para la afeminación y envilecimiento de los pueblos; pues si las leyes la consideraban sujeta é inferior al varon, éste procuraba elevarla á su altura, no rebajarse hasta ella. Mas ¿qué habia de suceder desde el momento en que no se la consideró sino como un objeto destinado al placer, y un medio de ostentar la riqueza? Mientras la esposa, retirada al fondo del hogar doméstico, era respetada como la madre de los héroes, ésta, á pesar de su ignorancia, se estimó lo bastante para no degradarse ni degradar á sus hijos; por que el amor materno, primer princi-

pio salvador, que Dios ha puesto en el corazón de la mujer, la servía de egida contra las seducciones, dándola, además ese valor viril que produjo madres como la de los Gracos y la de los Macabeos.

Mas entonces apenas se conocía ese enemigo encarnizado de la virtud, *el tocador*, en donde mas tarde encerró la mujer toda su existencia y aspiraciones.

Desde la negra nubia, hasta la circasiana, las jóvenes mas bellas estaban destinadas á poblar las habitaciones del tocador de las matronas romanas, para esmerarse á porfía en aumentar sus encantos, empleando cada cual, ya las gracias, ya la agilidad y destreza que las daban los diferentes paises en que habian nacido.

No sería creíble, á no encontrar tantos datos seguros, y ver consignados en la historia por tantos testigos oculares, los usos y costumbres de los romanos, que un siglo antes de la era cristiana, existieran rasgos tan parecidos á los de nuestros dias; y que despues de dos mil años de vicisitudes, las leyes de la que fué señora del mundo, rijan aun los destinos del tocador de nuestras hermosas.

Se comprenderá fácilmente que monumentos tan importantes como las Doce Tablas, la Numeracion y el Fuero Juzgo, hayan pasado á traves de los tiempos, sirviendo de base á las leyes y constitucion de los pueblos, sobre todo á los que pertenecen á la raza latina. Que los clásicos sean el nucleo de nuestro teatro, y que la oratoria recurra hoy á Ciceron y á Demóstenes, lo encontramos muy lógico y natural, tanto mas, cuanto que nadie puede gloriarse, desde que aquellos existieron, de haber traspasado, ni aun llegado á su altura.

Pero que las frívolas costumbres del tocador hayan dejado tan hondas raices, no puede menos de extrañarnos; y necesario nos ha sido registrar con cuidado la historia, y hacer un detenido estudio comparativo, para convencernos de que la analogía existe.

Desde el momento en que vamos á indicar que el lujo mas fastuoso, y la mas refinada coqueteria, eran las leyes constantes que presidian al adorno de las damas y aun de los caballeros romanos, ya se comprenderá que no vamos á tratar de la matrona de la Roma republicana, de la que se decia «hiló lana,

tegió lino, y crió héroes para la pátria» sino de la dama del imperio, cuya vida era un continuado placer, y cuya constante ocupacion estaba reducida á embellecerse y á realizar sus naturales encantos; ya simulando los que le habia negado la naturaleza, ó los que le habia robado la destructora mano del tiempo.

La Roma, señora del mundo; la que habia uncido á su carro de triunfo pueblos de tan distintas costumbres, desde la artista Grecia y el voluptuoso Oriente hasta la rústica Germania y la sóbria Armórica, era á su vez esclava de todos los caprichos que los vencidos supieron imponerla, valiéndose de su misma corrupcion para conseguirlo.

Desde el pálio griego, hasta el calzon (bragas) de los galos narbonenses, todas las modas, todos los trajes, todas las ridiculeces fueron por ella aceptadas.

Cuando la audacia y la fortuna habian hecho á Roma dueña de la mayor parte del mundo civilizado, la moda, con su frivolidad, era la destinada á destronar, afeminándole, aquel vasto imperio que en los primeros dias del reinado de Augusto contaba 140.000.000 de almas y 1.000.600 millas cuadradas de territorio entre los 24-56° de latitud setentrional en los mejores paises del globo, en los cuales corrian los grandes rios fertilizando dilatados campos de trigo, inmensas laderas apropiado para el cultivo de la vid, centros industriales de todos géneros y ricos prados en los que miles de hombres se dedicaban al pastoreo.

Un imperio al que la mano de la Providencia parecia haber conducido por sí misma á la victoria, hasta colocarle en lo mas selecto del mundo habitable, pues tenia por guardianes los montes inaccesibles y los anchos mares, para que los pueblos bárbaros no pudieran invadirle, alimentó no obstante en su seno la serpiente que debia ahogarle entre sus anillos. Esta serpiente era la corrupcion y ligereza de sus costumbres.

Como sucede siempre que un pueblo ha logrado con harta facilidad los favores de la fortuna en la guerra, su dominacion se extendió tan lejos, que bajo la bandera romana se hablaban todas las lenguas, se conocian todas las artes, se producian todos los frutos, se ejercian todas las industrias; y todos estos pueblos, tributarios de la metrópoli, contribuian á su lujo y

ostentacion, dejándola en la molicie, y sin que para nada tuviera que ocuparse de otra cosa que de si misma y de sus placeres.

La mujer, primer lazo entre el hombre y la sociedad, habia vivido en perpétua tutela; pero hasta que la corrupcion del imperio la lanzó en medio de la orgía y el desórden, la severidad de sus costumbres, sus virtudes domésticas, y el cuidado que ponía en educar sus hijos para la pátria, la habian dado cierta consideracion; y ademas de verse amada y respetada, no pocas veces se habia tenido en cuenta su parecer en las árduas cuestiones del Estado.

Durante mucho tiempo la dama romana fué dechado de virtudes, y como tal venerada en el santuario de su hogar. Pero en la época de que nos ocupamos, la matrona de costumbres severas y de educacion casi viril, cedió el puesto á la dama delicada, que desdeñando toda ocupacion que no tuviese por objeto su adorno, entregaba sus hijos al cuidado de sus esclavos para gozar de mas libertad.

Los recursos de la conquista, y el comercio con todos los pueblos entonces conocidos, ponía á su disposicion cuanto podia desear para dar realce á su belleza; y el tocador de la dama romana era un arsenal en el que, á discrecion, podia elegir toda clase de armas para rendir á sus pies, lo mismo al afeminado mancebo de túnica desceñida, que al esforzado guerrero y al grave y sesudo filósofo.

El aposento de una de aquellas reinas de la moda podria verse hoy reproducido como en un espejo, penetrando en el tocador de una de esas beldades frívolas que componen lo que se llama la alta sociedad, sobre todo en Paris, y como, lo mismo que en el dia, en este santuario de la mujer solo tenian acceso los amigos íntimos: á los detalles que uno de ellos nos ha legado debemos atenernos para revelar al lector los misterios que en él se encerraban.

La transparente túnica, que no era otra cosa que lo que ahora llamamos una bata de mañana, era el traje destinado á vestir á la hermosa, mientras que sus doncellas pulian su fino cutis con la piedra pomez, saturándolo despues con los mas ricos perfumes de Oriente.

Para lavar, tejer y rizar sus cabellos, las esclavas, dedica-

das exclusivamente á este importante ramo del adorno de la dama (Pscades) se valian de hierros calientes; y agujas, horquillas y alfileres de oro servian para colocar artísticamente los rizos, matizándolos antes del color que su dueña preferia, el cual era casi siempre el rubio; para lo que se valian de una disolucion de cal y vinagre, y con mas frecuencia de los polvos de oro como en nuestros dias. Añadianse ademas, para adornarles, cadenitas del mismo metal, hilos de perlas y cintas de púrpura.

Las cabelleras de las mujeres del Norte eran muy estimadas para los postizos; y era tal la profusion de rizos empleados, que para el peinado de una sola dama era necesario el cabello de muchas. Creemos que este rasgo no puede guardar mayor analogia con nuestro atavío de hoy; y que Tertuliano, que censuraba ágriamente á las mujeres de su tiempo por lo recargado de sus peinados y el excesivo lujo que empleaban en la cabeza, no quedaria muy satisfecho si reapareciese entre nosotros.

El pequeño velo, que en su principio solo servia para asistir al templo, pronto quedó convertido en un nuevo adorno; y éste, ó una graciosa mitra, bordada de laminitas de oro y perlas, era el complemento del prendido, en equivalencia de nuestros sombreros.

Como se vé las costumbres habian variado hasta el punto de que el peinado sencillo de la matrona, que consistia en una cinta blanca con ayuda de la cual trenzaban sus cabellos, llegó á ser el distintivo de la virtud y Ovidio la llama *insignia pudoris*.

Hemos comenzado por el adorno de la cabeza, porque en todos los tiempos esta parte del cuerpo de la mujer ha dado la medida del refinamiento del lujo y de su frivolidad; y ademas porque precisamente en estos momentos nuestros peinados amenazan tomar proporciones tan colosales que, si el ridículo no los desacredita, lo cual esperamos, nada tendremos que envidiar á las mas hermosas coquetas que paseaban sus encantos por la Via Apia en los tiempos de Tiberio y de Caligula.

La Francia en sus momentos de ocio, hoy que en nada tiene que pensar, ha resucitado para hacerla mas exagerada la moda de nuestras abuelas, cuyo recuerdo en verdad no debia ser

muy grato para ella; y las peinetas y los rizos de principios de este siglo han estado hace pocos meses en gran predicamento.

En el ramo de los afeites no estaban las hermosas romanas menos adelantadas que nosotras; y ya el *blanco de lirio*, el carmin para los lábios, y el antimonio para aumentar el tamaño de los ojos y simular debajo de ellos ese círculo azulado que imprime cierta languidez al semblante, eran de uso comun en su tocador. Poseían asimismo el secreto para conservar la frescura de la piel por medio de pastas que, extendidas sobre el rostro, garganta, brazos y manos, evitaban las injurias del viento; y solo se presentaban al natural en los momentos de salir á los paseos. Entonces estas pastas, que estaban confeccionadas con miel, harina de cebada de Libia, raiz de nardo, narcisos de Toscana y clara de huevo, se frotaban ligeramente con paños finísimos mojados en leche de burra y «la tez quedaba mas tersa que la superficie de un espejo»: así nos lo dice Ovidio en su libro *Tratado de los cosméticos*.

El azul para imitar las venas, y los reactivos destinados á borrar las señales del insomnio ó los estragos del desorden, volviendo el color á los lábios, el rosado á las uñas y el perdido brillo á los ojos, no eran tampoco un secreto; y los hombres mas graves se ocupaban de perfeccionar estos adelantos: lo que prueba que la frivolidad no es solo patrimonio de la mujer, tanto mas cuanto que los mismos patricios hacian un uso muy frecuente de los afeites, pintándose el rostro, procurando disimular las injurias del tiempo y los abusos de los placeres; y empleando para su barba y sus cabellos los polvos de oro, que ademas de ocultar las canas imitaban el color rubio tan en boga en aquel tiempo.

Claro está que la dama que tanto esmero ponía en el adorno de su cabeza y en el embellecimiento de su rostro, no habia de ser menos minuciosa en las demas partes de su atavío; y por tanto no debia contentarse con la *toga* de lana, importacion de los semi-bárbaros Lidios, ni tampoco con la túnica cerrada, hasta el cuello, y larga hasta ocultar los breves y bien calzados pies. Así que, la fastuosa romana de las Flavias y de las Julias adoptó para su vestido todas las modas que pusieran mas de relieve los hechizos, y dieran lugar á ostentar mayor número de riquezas.

Sobre el seno desnudo, y sujeto con anchas bandas de finísima tela de lino, remedo de nuestros corsees, se colocaban una túnica abierta sobre el pecho, adornado de clavos de oro y perlas, adorno que la dá el nombre de *Laticlave*. Sobre él se colocaba la *Estóla*, cerrada solo desde la cintura hasta la rodilla, para que pudieran lucirse los adornos de la prenda anterior. Venia despues el *Palio* griego de atrevida y provocativa forma, que permitia ser adornado con suntuosas franjas bordadas de perlas y piedras preciosas; y ademas unas largas borlas de oro, sujetándose en los hombros por magníficos broches del mismo metal.

Este lujoso atavio usaban las damas para acudir á los circos y paseos, si lo hacian en silla de manos, ó en lujoso y ligero carro con el cual, atravesando las calles de la populosa reina del Tiber, se presentaban en la Via Apia; mas si debian hacerlo á pié, entonces, sobre el traje que hemos descrito, colocábanse la *toga* larga, cuya extensa cola debia arrastrar por el suelo algunos palmos, ó bien cogida en graciosos pliegues, colocarla sobre el brazo izquierdo; dejando ver los pies calzados con el ligero *Sicionio* hecho de tela de seda blanca, cubiertos de láminas de oro y perlas; ó bien el *coturno* griego, formado de cintas de púrpura, bordado de menudo aljofar. La sandalia de cuero ó el borceguí de lana hubieran sido una profanacion en el guarda-ropa de tan delicadas hermosuras.

Al recorrer con la imaginacion un esplendente cuadro de tanta riqueza y fastuosidad, no puede menos de pensarse cuántos y cuán diferentes pueblos tendrian que contribuir con sus productos á sostener y fomentar tan lujosas y muelles costumbres; porque Roma, esencialmente guerrera, nada producía de aquello que con tanta profusion se apresuraba á consumir; y vemos confirmados nuestros pensamientos registrando los datos históricos que nos dicen de que países recibía la señora del mundo el incienso para sus dioses y el lujo para sus patricios.

La seda, desconocida en los tiempos de Cincinato, y que en la época que vamos describiendo formaba la parte mas esencial del traje romano, era llevada del Oriente, pero aun asi las túnicas no eran fabricadas con los tejidos que llegaban de tan remotos países, sino que era menester deshilarlas, para darles

mayor ligereza, convirtiéndolas en transparentes gasas. Despues recibian el color de la púrpura, extraida del fondo de los mares, ó el azul celeste, que hacia resaltar la nacarada blancura del cutis.

Los frigios habian inventado el arte de bordar con aguja, invento que se perfeccionó mas tarde en Alejandria, y que hacia valer la tela de seda al peso del oro.

Las margaritas para bordar el calzado se extraian del Golfo Pérsico y de la Trapobana, pagándose á precios fabulosos. El ámbar era buscado en los mares Setentrionales, y el lino, para las ligeras túnicas, era cultivado en las ardientes llanuras del Egipto. Las lanas iban de España, y los finísimos paños de la Galia narbonense; debiendo ademas suministrar perfumes la Arabia Feliz, y modas, objetos de arte y riquísimos tejidos, la artista Grecia, la mas rica, la mas esclarecida de cuantas naciones unia á su carro de triunfo, la despótica señora del mundo antiguo.

Hemos tratado de dar una ligera idea del tocador de la dama romana; y por estos breves apuntes se comprenderá cuán afeeminado y frívolo habia llegado á ser aquel coloso, espanto de las naciones, á cuyo solo nombre habian temblado los pueblos mas aguerridos y valientes; pero que, dormido en brazos del deleite y de la molicie, cesó de ser temible; y no queriendo despertar de su regalado sueño, se dejó ligar sus poderosos brazos por los bárbaros del Norte. Mas no apresuremos los sucesos, porque aun nos faltan algunos detalles que añadir para completar el parangon que nos hemos propuesto establecer.

SOFIA TARTILÁN.

---

## BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

---

**LAS NACIONALIDADES.**—Este es el título de un libro que acaba de dar á luz nuestro antiguo amigo el eminente publicista D. Francisco Pi Margall, y el que está llamado á ser objeto de profundo estudio de todos los hombres que se ocupan en el arte de gobernar á los pueblos, ó llámese la política. Grandes discusiones y profundas contraversias auguramos al entendido y ferviente propagandista de la idea de la federacion aplicada al organismo de las naciones y de los pueblos; y dado el extremo á que el Sr. Pi lleva su sistema, nos parece que no le ha de ser fácil resolver las infinitas dudas y dificultades que brotan por doquiera en el exámen de la aplicacion de sus principios. De la teoria á la práctica hay una diferencia inmensa; y precisamente todas las grandes cuestiones que dilucida con su poderoso ingenio nuestro estimado colaborador, si bellísimas teóricamente consideradas, pueden resultar algun tanto deformes una vez reducidas á la práctica, único medio de aquilatar el valor que puedan tener.

De todos modos, es lo cierto que el libro «Las Nacionalidades» del cual conocen nuestros lectores un interesante capítulo que hace tiempo tuvimos el gusto de publicar, merece ser estudiado y examinado, y nada perderá cualquiera persona medianamente ilustrada en adquirirlo y conocerlo.

Como pensamos ocuparnos con algun mas detenimiento de este importante trabajo, nos limitamos por hoy á dar simplemente la noticia, y á recomendar al público el libro «Las Nacionalidades.»

---

**VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS**, efectuados en la Edad Média, en su relacion con los progresos de la geografia y de la historia, por Ricardo Beltran Rózpide.—Imposible parece que en un pequeño volúmen, que no llega á 150 páginas, haya podido su autor hacer una reseña histórica tan completa de los principales viajes y descubrimientos realizados en la citada época, patentizando la influencia que ejercieron en los progresos de la geografia y de la historia.

Este librito, cuya lectura recomendamos, se divide en seis secciones ó capítulos, donde con gran erudicion hace el Sr. Rózpide las mas interesantes descripciones.

---

**EL PORVENIR.**—Cada día adquiere mayor importancia la lujosa revista que con este título se publica en Barcelona, bajo la direccion de nuestro ilustrado compañero D. Isidoro Domenech. El último cuaderno que hemos recibido contiene interesantes trabajos, como puede verse por el siguiente sumario:

Consideraciones sobre la Familia, el Estado y el Principio de Asociacion, por Fernando Garrido.—La India. Civilizacion y Decadencia, por Pompeyo Gener.—Tradicion y Progreso, por Serafin Olave.—El Ultramontanismo y la Mujer, por Segundo Moreno Bércia.—Soneto, por J. Martí-Miquel.—Revista nacional y extranjera, por Rafael Ginard de la Rosa.—Fábulas, por Angel Lasso de la Vega.—Crónica general, por la Redaccion.

---

Con el título LA RELIGION DE LA CIENCIA (filosofía racional) ha publicado el conocido escritor D. Ubaldo Romero Quiñones un nuevo libro, el cual está dedicado á la señora Duquesa de Santofía.

Esta obra, que forma un gran tomo de mas de 500 páginas, se halla dividida en dos libros y veintidos capitulos, en los que se tratan las mas variadas y graves cuestiones, tanto filosóficas como político-sociales.

Proponiéndonos estudiar detenidamente la última produccion del Sr. Romero Quiñones, concretámonos hoy á dar á conocer el carácter y las condiciones materiales de esta obra, que se vende al precio de 30 reales en las principales librerías.

---

Hemos leído el notable discurso presentado á la Academia Española, en el acto de su recepcion, por el discreto é ilustradísimo autor de «El sombrero de tres picos» y «El Escándalo».

El trabajo leído por nuestro querido amigo ante la respetable corporacion, que con tanta justicia acaba de abrirle sus puertas, literariamente considerado es un perfecto modelo de buen decir; y la delicadeza de sus pensamientos y lo profundo de la intencion acusan el ingenio y el talento indisputable del primero de nuestros novelistas.

Nosotros, que siempre vemos con indecible regocijo todo cuanto redunda en honor y gloria de los hijos de Andalucía, felicitamos al nuevo Académico por la merecida distincion que alcanza y por su discurso que,—aparte del espíritu que lo anima y de las declaraciones que contiene,—todos lo aplauden como un trabajo de primer orden.

Considerándolo política y filosóficamente, nuestros colegas discuten con gran apasionamiento, haciendo cada cual la crítica del discurso segun sus aficiones y sus creencias. Nosotros, pensando con nuestro amigo D. José Navarrete, que se ha ocupado detenidamente del asunto en varios interesantes articulos, entendemos—tal vez por que este sea nuestro fervientísimo deseo—que el patriota de otros dias, el entusiasta soldado de Africa, el inspirado poeta que canta las conquistas de nuestro siglo, rechaza las ideas de la tradicion y la moral defendida por el Sr. Nocedal, sin disponerse á levantar su tienda del campo del progreso, donde ha recogido tantos laureles, y de donde no deben desertar nunca los hombres que, como el Sr. Alarcon, tienen recta voluntad, amor á la ciencia, y un corazon generoso.

---

Director-propictario,  
ANTONIO LUIS CARRION